

que en mí son naturales : y mas , que la alabanza tanto es buena , quanto es bueno el que la dice , y tanto es mala , quanto es vicioso y malo el que alaba : que si la alabanza es premio de la virtud , si el que alaba es virtuoso , es alabanza ; y si vicioso , vituperio.

## CAPITULO XVII.

*Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.*

**C**on gran deseo estaba Auristela de saber lo que Arnaldo y Periandro pasaron en la plática que tuvieron fuera del hospedage , y aguardaba comodidad para preguntárselo á Periandro , y para saber de Arnaldo , qué se habia hecho su doncella Taurisa : y como si Arnaldo le adivinara los pensamientos , le dixo : las desgracias que has pasado , hermosa Auristela , te habrán llevado de la memoria las que tenias en obligacion de acordarte de ellas : entre las quales querria que hubiesen borrado de ella á

mí mismo, que con sola la imaginación de pensar que algún tiempo he estado con ella viviria contento: pues no puede haber olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo. El olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo pasado; pero como quiera que sea, acuérdesete de mí, ó no te acuerdes, de todo lo que hicieres estoy contento: que los cielos que me han destinado para ser tuyo, no me dexan hacer otra cosa: mi alvedrio lo es para obedecerte. Tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que despues que te robáron de mi reyno te han sucedido; unas me han admirado, otras suspendido, y estas y aquellas espantado. Veo asímismo, que tienen fuerza las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones que parecen forzosas: ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu doncella: á él dexé yo bueno, y con deseo de que te buscasse y te hallasse: á ella le traxe conmigo con intencion de venderla á los bárbaros para que sirviese de espía,

y viese si la fortuna te habia llevado á su poder. De cómo vino al mio tu hermano Periandro ya él te lo habrá contado, y el concierto que entre los dos hicimos: y aunque muchas veces he probado volver á la isla bárbara, los vientos contrarios no me han dexado, y ahora volvia con la misma intencion y con el mismo deseo: el qual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, como son de tenerte en mi presencia, alivio universal de mis cuidados. Taurisa tu doncella habrá dos dias que la entregué á dos caballeros amigos míos que encontré en medio de este mar, que en un poderoso navío iban á Irlanda, á causa que Taurisa iba muy mala, y con poca seguridad de la vida: y como este navío en que yo ando mas se puede llamar de corsario que de hijo de rey, viendo que en él no había regalos ni medicinas que piden los enfermos, se la entregué para que la llevasen á Irlanda y la entregasen á su príncipe, que la regalase, curase y guardase, hasta que yo mismo fuese

por ella. Hoy he dexado apuntado con tu hermano Periandro que nos partamos mañana , ó ya para Inglaterra , ó ya para España ó Francia , que á do quiera que arribemos tendremos sogura comodidad para poner en efecto los honestos pensamientos que tu hermano me ha dicho que tienes : y yo en este entretanto llevaré sobre los hombros de mi paciencia mis esperanzas , sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento. Con todo esto , te ruego , señora , y te suplico , que mires si con nuestro parecer viene y ajusta el tuyo , que si algun tanto disuena no le pondremos en execucion. Yo no tengo otra voluntad , respondió Auristela , sino la de mi hermano Periandro , ni él , pues es discreto , querrá salir un punto de la tuya. Pues si así es , replicó Arnaldo , no quiero mandar , sino obedecer , porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alzar con el mando á mayores. Esto fué lo que pasó á Arnaldo con Auristela , la qual se lo contó todo á Periandro , y aquella noche Arnaldo,

Periandro , Mauricio , Ladislao , y los dos capitanes , y el del navío ingles , con todos los que salieron de la isla bárbara , entraron en consejo , y ordenaron su partida en la forma siguiente.

## CAPITULO XVIII.

*Donde Mauricio sabe por la astrología un mal suceso que les avino en el mar.*

En la nave donde viniéron Mauricio y Ladislao , los capitanes y soldados que traxéron á Rosamunda y á Clodio se embarcáron todos aquellos que salieron de la mazmorra y prision de la isla bárbara : y en el navío de Arnaldo se acomodáron Periandro , Auristela , Ricla y Constanza , y los dos Antonios , padre é hijo , Ladislao , Mauricio y Transila , sin consentir Arnaldo que se quedasen en tierra Clodio y Rosamunda: Rutilio se acomodó con Arnaldo : hicieron agua aquella noche , recogiendo y comprando del huésped todos los bas-

timentos que pudieron: y habiendo mirado los puntos mas convenientes para su partida, dixo Mauricio, que si la buena suerte les escapaba de una mala que les amenazaba muy propinqua, tendria buen suceso su viage, y que el tal peligro, puesto que era de agua, no habia de suceder (si sucediese) por borrasca ni tormenta del mar, ni de tierra, sino por una traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lascivos deseos. Periandro, que siempre andaba sobresaltado con la compañía de Arnaldo, vino é temer si aquella traicion habia de ser fabricada por el príncipe para alzarse con la hermosa Auristela, pues la habia de llevar en su navío; pero opúsose á todo este mal pensamiento la generosidad de su ánimo, y no quiso creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valerosos príncipes no deben hallar acogida alguna las traiciones; pero no por esto dexó de pedir y rogar á Mauricio mirase muy bien de qué parte les podia venir el daño que les amenazaba.

Mauricio respondió que no lo sabia, puesto que le tenia por cierto, y aunque templaba su rigor con que ninguno de los que en él se hallasen habia de perder la vida, sino el sosiego y la quietud, pues habian de ver rompidos la mitad de sus designios y sus mas bien encaminadas esperanzas. A lo que Perianandro le replicó, que detuviesen algunos dias la partida, quizá con la tardanza del tiempo se mudarian, ó se templarian los influxos rigurosos de las estrellas. No, replicó Mauricio, mejor es arrojarnos en las manos de este peligro, pues no llega é quitar la vida, que no intentar otro camino que nos lleve á perderla. Ea, pues, dixo Perianandro: echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede excusar. Satisfizo Arnaldo al huesped magníficamente con muchos dones el buen hospedage; y unos en unos navíos, y otros en otros, cada qual segun, y como vió que mas le convenia, dexó el puerto desembara-

zado, y se hizo á la vela. Salió el navio de Arnaldo adornado de ligeras flumulas y banderetas, y de pintados y vistosos gallardetes. Al zarpar los hierros, y tirar las áncoras disparó así la gruesa como la menuda artillería: rompiéron los ayres los sonos de las chirimías, y los de otros instrumentos músicos y alegres: oyéronse las voces de los que decian, reiterándolo á menudo: buen viage, buen viage. A todo esto no alzaba la cabeza de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como presaga del mal que le habia de venir, iba pensativa. Mirábala Periandro, y remirábala Arnaldo, teniéndola cada uno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos, y principio de sus alegrías. Acabóse el dia, entróse la noche clara y serena, despejando un ayre blando los zelagos, que parece que se iban á juntar si los dexaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nuevo tornó á mirar en su imaginacion las señales de la figura que habia levantado, y de nuevo confirmó el peligro que les

amenazaba; pero nunca supo atinar de qué parte les vendría. Con esta confusión y sobresalto quedó dormido encima de la cubierta de la nave, y de allí á poco despertó despavorido, diciendo á grandes voces: traicion, traicion, traicion, despierta príncipe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se levantó Arnaldo, que no dormía, puesto que estaba echado junto á Periandro en la misma cubierta, y dixo: ¿Qué has, amigo Mauricio? ¿quién nos ofende, ó quién nos mata? ¿todos los que en este navío vamos no somos amigos? ¿no son todos los mas vasallos y criados míos? ¿el cielo no está claro y sereno? ¿el mar tranquilo y blando, y el baxel sin tocar en escollo, ni en baxío no navega? ¿hay alguna rémora que nos detenga? pues si no hay nada de esto, ¿de qué temes que así con tus sobresaltos nos atemorizas? No sé, replicó Mauricio: haz, señor, que baxen los buzones á la sentina, que si no es sueño, á mí me parece que nos vamos anegando. No hubo bien acaba-

do esta razon, quando quatro ó seis marineros se dexáron calar al fondo del navío, y le requiriéron todo, porque eran famosos buzones, y no halláron costura alguna por donde entrase agua al navío; y vueltos á la cubierta, dixéron que el navío iba sano y entero, y que el agua de la sentina estaba turbia y hedionda, señal clara de que no entraba agua nueva en la nave. Así debe de ser, dixo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan: y plega á Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, ántes que verdadero judiciario. Arnaldo le dixo: sosegaos buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan á estas señoras. Yo lo haré así, si puedo, respondió Mauricio, y tornándose á echar sobre la cubierta, quedó el navío lleno de muy sosegado silencio: en el qual Rutilio, que iba sentado al pie del arbol mayor, convidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo

ú de la voz, que la tenía extremada, al son del viento que dulcemente heria en las velas, en su propia lengua toscana comenzó á cantar: esto que vuelto en lengua española, así decia:

Huye el rigor de la invencible mano advertido, y enciérrese en el arca de todo el mundo el general monarca con las reliquias del linage humano.

El dilatado asilo, el soberano lugar rompe los fueros de la parca, que entónces fiera y licenciosa abarca quanto alienta y respira el ayre vano.

Vense en la excelsa máquina encerrarse el leon y el cordero, y en segura paz la paloma al fieroalcon unida.

Sin ser milagro lo discorde amarse que en el comun peligro y desventura, la natural inclinacion se olvida.

El que mejor entendió lo que cantó Rutilio, fué el bárbaro Antonio, el qual le dixo asimismo: bien canta Rutilio, y si por ventura es suyo el soneto que ha cantado, no es mal poe-

ta ; ¿ aunque cómo lo puede ser bueno un oficial ? Pero no digo bien , que yo me acuerdo haber visto en mi patria , España , poetas de todos los oficios . Esto dixo en voz que la oyó Mauricio , el Príncipe , y Periandro , que no dormian , y Mauricio dixo : posible cosa es que un oficial sea poeta , porque la poesía no está en las manos , sino en el entendimiento , y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta , como la de un maese de campo ; porque las almas todas son iguales y de una misma masa en sus principios criadas y formadas por su hacedor : y segun la caja y temperamento del cuerpo donde las encierra , así parecen ellas mas ó menos discretas , y atienden y se aficionan á saber las ciencias , artes , ó habilidades á que las estrellas mas las inclinan : pero mas principalmente y propia se dice , que el poeta *nascitur* . Así que no hay que admirar de que Rutilio sea poeta , aunque haya sido maestro de danzar . Y tan grande , replicó Antonio , que ha hecho cabriolas en el

ayre mas arriba de las nubes. Así es, respondió Rutilio, que todo esto estaba escuchando, que yo las hice casi junto al cielo quando me traxo caballero en el manto aquella hechicera desde Toscana, mi patria, hasta Noruega, donde la maté, que se habia convertido en figura de loba, como ya otras veces he contado. Eso de convertirse en lobas y lobos algunas gentes de estas septentrionales, es un error grandísimo, dixo Mauricio, aunque admitido de muchos; Pues como es esto, dixo Arnaldo, que comunmente se dice, y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se han convertido en ellos? Eso, respondió Mauricio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada y fertilísima no solo no se crian lobos, pero ningun otro animal nocivo, como si dixésemos serpientes, víboras, sapos, arañas y escorpiones; ántes es cosa llana y manifiesta, que si algun animal ponzoñoso traen de otras

partes á Inglaterra , en llegando á ella muere ; y si de la tierra de esta isla llevan á otra parte alguna tierra , y cercan con ella á alguna víbora , no osa , ni puede salir del cerco que la aprisiona y rodea , hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de convertirse en lobos es , que hay una enfermedad , á quien llaman los médicos manía lupina , que es de calidad que al que la padece le parece que se ha convertido en lobo , y ahulla como lobo , y se junta con otros heridos del mismo mal , y andan en manadas por los campos y por los montes ladrando , ya como perros , ó ya ahullando como lobos ; despedazan los árboles , matan á quien encuentran , y comen la carne cruda de los muertos ; y hoy dia sé yo que hay en la isla de Sicilia , que es la mayor del mar Mediterráneo , gentes de este género , á quien los sicilianos llaman lobos menares , los quales ántes que les dé tan pestífera enfermedad lo sienten , y dicen á los que estan junto á ellos que se aparten y huyan de ellos,

ó que los aten ó encierren, porque si no se guardan los hacen pedazos á bocados, y los desmenuzan si pueden con las uñas, dando terribles y espantosos ladridos: y esto es tanta verdad, que entre los que se han de casar se hace informacion bastante de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad: y si despues, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escribe en el lib. 8. cap. 22. que entre los Arcades hay un género de gente, la qual pasando un lago, cuelga los vestidos que lleva de una encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que allí halla de su linage en figura de lobos, y está con ellos nueve años, al cabo de los quales vuelve á pasar el lago, y cobra su perdida figura: pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo hay, pasa en la imaginacion, y no realmente. No sé, dixo Rutilio: lo que sé es, que maté la loba, y hallé muerta á mis pies la hechicera. Todo

eso puede ser , replicó Mauricio , porque la fuerza de los hechizos de los maléficos y encantadores que los hay , nos hace ver una cosa por otra ; y queda desde aquí asentado , que no hay gente alguna que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande , dixo Arnaldo , el saber esta verdad , porque tambien yo era uno de los crédulos de este error : y lo mismo debe de ser lo que las fábulas cuentan de la conversion en cuervo del rey Artus de Inglaterra , tan creida de aquella discreta nacion , que se abstiene de matar cuervos en toda la isla. No sé , respondió Mauricio , de dónde tomó principio esa fábula tan creida como mal imaginada. En esto fuéron razonando casi toda la noche , y al despuntar del dia dixo Clodio , que hasta allí habia estado oyendo y callando : yo soy un hombre , á quien no se le dá por averiguar estas cosas un dinero : ¿ que se me dá á mí que haya lobos hombres ó no , ó que los reyes anden en figuras de cuervos ú de águilas ? aunque si se

hubiesen de convertir en aves, ántes querria que fuesen en palomas, que en milanos. Paso, Clodio, no digas mal de los reyes, que me parece que te quieren dar algun filo á la lengua, para cortarles el crédito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto una mordaza en la boca, ó por mejor decir en la lengua, que no consiente que la mueva: y así ántes pienso de aquí adelante reventar callando, que alegrarme hablando. Los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si á unos alegran, á otros entristecen: contra el callar no hay castigo ni respuesta: vivir quiero en paz los dias que me quedan de la vida á la sombra de tan generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos ímpetus maliciosos, que me hacen baylar la lengua en la boca, y malográrseme entre los dientes mas de quatro verdades que andan por salir á la plaza del mundo; sírvase Dios con todo. A lo que dixo Auristela: de estimar es, ó Clodio, el sacrificio que haces al cielo de tu silen-

cio. Rosamunda , que era una de las llegadas á la conservacion , volviéndose á Auristela , dixo : el dia que Clodio fuere callado , seré yo buena , porque en mí la torpeza , y en él la murmuracion son naturales ; puesto que mas esperanza puedo yo tener de enmendarme que no él , porque la hermosura se envejece con los años , y faltando la belleza , menguan los torpes deseos ; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdiccion el tiempo : y así los ancianos murmuradores hablan mas quanto mas viejos , porque han visto mas , y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado y recogido á la lengua. Todo es malo , dixo Transila , cada qual por su camino va á parar á su perdicion. El que nosotros ahora hacemos , dixo Ladislao , próspero y felice ha de ser , segun el viento se muestra favorable , y el mar tranquilo. Así se mostraba esta pasada noche , dixo la bárbara Constanza ; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en confusion y alboroto , tanto que ya yo pen-



sé que nos habia sorbido el mar á todos. En verdad , señora , respondió Mauricio , que si yo no estuviera enseñado en la verdad católica , y me acordara de lo que dice Dios en el Levítico : “ no seais agoreros , ni deis crédito á los sueños , porque no á todos es dado el entenderlos ” , que me atreviera á juzgar del sueño que me puso en tan gran sobresalto; el qual , segun , á mi parecer , no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños ; que quando no son revelaciones divinas , ó ilusiones del demonio , proceden ú de los muchos manjares que suben vapores al cerebro , con que turban el sentido comun , ó ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que á mí me turbó cae debaxo de la observacion de la astrología ; porque sin guardar puntos , ni observar astros , señalar rumbos , ni mirar imágenes , me pareció ver visiblemente que en un gran palacio de madera , donde estábamos todos los que aquí vamos , llovian rayos del cie-

lo, que le abrian todo, y por las bocas que hacian descargaban las nubes, no solo un mar, sino mil mares de agua, de tal manera, que creyendo que me iba an gando, comencé á dar voces, y á hacer los mismos ademanes que suele hacer el que se anega; y aun no estoy tan libre de este temor, que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sé que no hay mas cierta astrología que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, qué mucho que yendo navegando en un navío de madera tema rayos del cielo, nubes del ayre, y aguas de la mar: pero lo que mas me confunde y suspende es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga á ello, sino de una traicion forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lascivos pechos. No me puedo persuadir, dixo á esta sazón Arnaldo, que entre los que van por el mar navegando puedan entremeterse las blanduras de venus, ni los

apetitos de su torpe hijo. Al casto amor bien se le permite andar entre los peligros de la muerte , guardándose para mejor vida. Esto dixo Arnaldo por dar á entender á Auristela y á Periandro, y á todos aquellos que sus deseos conocian , quan ajustados iban sus movimientos con los de la razon ; y prosiguió diciendo : el príncipe justa razon es que viva seguro entre sus vasallos, que el temor de las traiciones nace de la injusta vida del príncipe. Así es , respondió Mauricio , y aun es bien que así sea ; pero dexemos pasar este dia, que si él da lugar á que llegue la noche sin sobresaltarnos , yo pediré, y las daré albricias del buen suceso. Iba el sol á esta sazón á ponerse en los brazos de Tetis , y el mar se estaba con el mismo sosiego que hasta allí habia tenido : soplabá favorable el viento: por parte ninguna se descubrian zelages que turbasen los marineros : el cielo , la mar , el viento , todos juntos, y cada uno de por sí prometian felicísimo viage, quando el prudente Mauri-

cio dixo en voz turbada y alta: sin duda nos anegamos, anegámonos sin duda.

## CAPITULO XIX.

*Donde se da cuenta de lo que dos soldados hicieron; y la division de Periandro y Auristela.*

**A** cuyas voces respondió Arnaldo: ¡como es esto, ó gran Mauricio! ¿que aguas nos sorben, ó que mares nos tragan, que olas nos embisten? La respuesta que le diéron á Arnaldo, fué ver salir debaxo de la cubierta á un marinero despavorido, echando agua por la boca y por los ojos, diciendo con palabras turbadas y mal compuestas: todo este navío se ha abierto por muchas partes: el mar se ha entrado en él tan á rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada uno atienda á su salud y á la conservacion de la vida. Acógete, ó príncipe Arnaldo, al esquife, ó á la barca, y lleva contigo las prendas que mas estimas, ántes que

tomen entera posesion de ellas estas amargas aguas. Estancó en esto el navío sin poderse mover por el peso de las aguas, de que ya estaba lleno: amaynó el piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados y temerosos acudieron á buscar su remedio. El príncipe y Periandro fuéron al esquife, y arrojándole al mar, pusieron en él á Auristela. Transila, Ricla y á la bárbara Constanza, entre las quales viendo que no se acordaban de ella, se arrojó Rosamunda, y tras ella mandó Arnaldo entrarse Mauricio. En este tiempo andaban dos soldados descolgando la barca que al costado del navío venia asida, y el uno de ellos viendo que el otro queria ser el primero que entrase dentro, sacando un puñal de la cinta, se le envaynó en el pecho diciendo á voces: pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin provecho, esta pena te sirva á tí de castigo y á mí de escarmiento, á lo ménos el poco tiempo que me queda de vida: y diciendo esto, sin querer aprovecharse del acogimiento que la barca le ofre-

cia, desesperadamente se arrojó al mar diciendo á voces y con mal articuladas palabras: oye , ó Arnaldo , la verdad que te dice este traidor , que en tal punto es bien que la diga. Yo y aquel á quien me viste pasar el pecho , por muchas partes abrimos y taladramos este navío con intencion de gozar de Auristela y de Transila recogiénolas en el esquife ; pero habiendo visto yo haber salido mi desinio contrario de mi pensamiento, á mi compañero quité la vida y á mí me doy la muerte ; y con esta última palabra se dexó ir al fondo de las aguas , que le estorbáron la respiracion del ayre , y le sepultáron en perpetuo silencio ; y aunque todos andaban confusos y ocupados buscando , como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio , no dexó de oír las razones Arnaldo del desesperado , y él y Periandro acudiéron á la barca : y habiendo ántes que entrase en ella ordenado que entrase en el esquife Antonio el mozo , sin acordarse de recoger algun bastimento, él , Ladislao , Antonio el padre, Perian-

dro y Clodio se entraron en la barca y fueron á abordar con el esquife , que algun tanto se habia apartado del navío , sobre el qual ya pasaban las aguas, y no se parecia de él sino el árbol mayor , como en señal que allí estaba sepultado. Llegóse en esto la noche , sin que la barca pudiese alcanzar al esquife , desde el qual daba voces Auristela , llamando á su hermano Periandro , que la respondia , reiterando muchas veces su ( para él ) dulcísimo nombre. Transilao y Ladislao hacian lo mismo , y encontrábanse en los ayres las voces de dulcísimo esposo mio , y amada esposa mia , donde se rompian sus desinios y se deshacian sus esperanzas con la imposibilidad de no poder juntarse , á causa que la noche se cubria de obscuridad y los vientos comenzaron á soplar de partes diferentes. En resolucion , la barca se apartó del esquife , y como mas ligera y ménos cargada voló por donde el mar y el viento quisieron llevarla. El esquife , mas con la pesadumbre que con la carga de los que en él

iban , se quedó , como si aposta quisieran que no navegara ; pero quando la noche cerró con mas obscuridad que al principio , comenzáron á sentir de nuevo la desgracia sucedida. Viéronse en mar no conocida , amenazados de todas las inclemencias del cielo , y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra ; el esquife sin remos y sin bastimentos , y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintiéron. Mauricio , que habia quedado por patron y por marinero del esquife , ni tenia con qué , ni sabia cómo guialle ; ántes , segun los llantos , gemidos y suspiros de los que en él iban , podia temer que ellos mismos le anegarian. Miraba las estrellas , y aunque no parecian de todo en todo , algunas que por entre la obscuridad se mostraban , le daban indicio de venidera serenidad ; pero no le mostraban en qué parte se hallaba. No consintió el sentimiento que el sueño aliviase su angustia , porque se les pasó la noche velando , y se vino el dia no á mas andar , como dicen , sino para mas pensar : por-

que con él descubriéron por todas partes el mar cerca, y léjos, por ver si topaban los ojos con la barca que les llevaba las almas, ó algun otro baxel que les prometiese ayuda y socorro en su necesidad; pero no descubriéron otra cosa que una isla á su mano izquierda, que juntamente los alegró y los entristeció. Nació la alegría de ver cerca la tierra; y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar á ella, si ya el viento no les llevase. Mauricio era el que mas confiaba de la salud de todos, por haber hallado, como se ha dicho, en la figura, que como judiciario había levantado, que aquel suceso no amenazaba muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente, el favor de los cielos se mezcló con los vientos, que poco á poco leváron el esquife á la isla, y les dió lugar de tomarle en la tierra en una espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieve que toda la cubría. Miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen

se huelgan de trocarlas con las mayores que en la tierra se les ofrezcan. La nieve de la desierta playa les pareció blanda arena , y la soledad compañía. Unos en brazos de otros desembarcaron : el mozo Antonio fué el atlante de Auristela y de Transila , en cuyos hombros tambien desembarcaron Rosamunda y Mauricio , y todos se recogieron al abrigo de un peñon que no léjos de la playa se mostraba , habiendo ántes como mejor pudieron , varado el esquife en tierra , poniendo en él ( despues de Dios ) su esperanza. Antonio considerando que la hambre habia de hacer su oficio , y que ella habia de ser bastante á quitarles las vidas , aprestó su arco , que siempre de las espaldas le colgaba , y dixo , que él queria ir á descubrir la tierra , por ver si hallaba gente en ella , ó alguna caza que socorriese su necesidad. Viniéron todos con su parecer , y así se entró con ligero paso por la isla , pisando , no tierra , sino nieve , tan dura por estar elada , que le parecia pisar sobre pedernales.

Siguióle sin que él lo echase de ver la torpe Rosamunda sin ser impedida de los demás, que creyeron que alguna natural necesidad la forzaba á dexallos. Volvió la cabeza Antonio á tiempo y en lugar adonde nadie los podia ver, y viendo junto á sí á Rosamunda, le dixo: la cosa de que ménos necesidad tengo en esta que agora padecemos es la de tu compañía: ¿que quieres, Rosamunda? Vuélvete, que ni tú tienes armas con que matar género de caza alguna, ni yo podré acomodar el paso á esperarte que me sigas. ¡O inexperto mozo (respondió la muger torpe) y quan léjos estás de conocer la intencion con que te sigo, y la deuda que me debes! Y en esto se llegó junto á él, y prosiguió diciendo: ves aquí, ó nuevo cazador, mas hermoso que Apolo, otra nueva Dafne que no te huye, sino que te sigue: no mires que ya á mi belleza le marchita el rigor de la edad ligera siempre; sino considera en mí á la que fué Rosamunda, domadora de las cervices de los reyes, y de la liber-

tad de los mas esentos hombres. Yo te adoro, generoso jóven, y aquí entre estos hielos y nieves el amoroso fuego me está haciendo ceniza el corazon: gocémonos y tenme por tuya, que yo te llevaré á parte donde llenes las manos de tesoros, para tí sin duda alguna de mí recogidos y guardados si llegamos á Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida: escondido te llevaré adonde te entregues en mas oro que tuvo Midas, y en mas riquezas que acumuló Craso. Aquí dió fin á su plática, pero no al movimiento de sus manos, que arremetiéron á detener las de Antonio, que de sí las apartaba: y entre esta tan honesta como torpe contienda, decia Antonio: detente ¡ó harpía! no turbes ni afees las limpias mesas de Fineo: no fuerces ¡ó bárbara egipcia! ni incites la castidad y limpieza de este que no es tu esclavo: tarázate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lugar que nos que-

da desde este punto al de la muerte que nos está amenazando con la hambre y con la incertidumbre de la salida de este lugar; que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañara que con la que me has descubierto. Desvíate de mí, y no me sigas, que castigaré tu atrevimiento y publicaré tu locura: si te vuelves mudaré de propósito y pondré en silencio tu desvergüenza: si no me dexas te quitaré la vida: oyendo lo qual la lasciva Rosamunda, se le cubrió el corazon de manera, que no dió lugar á suspiros, á ruegos, ni á lágrimas: dexóla Antonio sagaz y advertido. Volvióse Rosamunda, y él siguió su camino; pero no halló en él cosa que le asegurase, porque las nieves eran muchas, y los caminos ásperos, y la gente ninguna; y advirtiéndole que si adelante pasaba, podia perder el camino de vuelta, se volvió á juntar con la compañía. Alzaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra como admirados de su desventura. A Mauricio dixeron

que volverian al mar el esquife , pues no era posible remediarse en la imposibilidad y soledad de la isla.

## CAPÍTULO XX.

*De un notable caso que sucedió en la isla nevada.*

A poco tiempo que pasó del dia, desde léjos viéron venir una nave gruesa, que les levantó las esperanzas de tener remedio. Amaynó las velas y pareció que se dexaba detener de las áncoras, y con diligencia presta arrojáron el esquife á la mar y se viniéron á la playa, donde ya los tristes se arrojaban al esquife. Auristela dixo, que sería bien que aguardasen los que venian, por saber quien eran. Llegó el esquife de la nave, y encalló en la fria nieve y saltáron en ellos, al parecer, gallardos y fuertes manebos de extremada disposicion y brio, los quales sacáron encima de sus hombros á una hermosísima doncella, tan sin fuerzas y tan desmayada, que pa-

recia que no le daba lugar para llegar á tocar la tierra. Llamáron á voces los que estaban ya embarcados en el otro esquife , y les suplicáron que se desembarcasen á ser testigos de un suceso que era menester que los hubiese. Respondió Mauricio , que no habia remos para encaminar el esquife si no les prestaban los del suyo. Los marineros con los suyos guiáron los del otro esquife y volviéron á pisar la nieve. Luego los valientes jóvenes asiéron de dos tablachinas con que cubriéron los pechos; y con dos cortadoras espadas en los brazos saltáron de nuevo en tierra. Auristela llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal , acudió á ver la desmayada y hermosa doncella, y lo mismo hicieron todos los demas. Los caballeros dixéron : esperad , señores , y estad atentos á lo que queremos deciros: este caballero y yo , dixo el uno , tenemos concertado de pelear por la posesion de esa enferma doncella que ahí veis : la muerte ha de dar la sentencia en favor del otro , sin que haya otro

medio alguno que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia ; si ya no es que ella de su voluntad ha de escoger qual de nosotros dos ha de ser su esposo , con que hará envaynar nuestras espadas , y sosegar nuestros espíritus. Lo que pedimos es , que no estorbeis en manera alguna nuestra porfía , la qual llevaremos hasta el cabo , sin tener temor que nadie nos la estorbará , si no os hubiéramos menester para que mirádes , si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar siquiera la vida de esa doncella , que es tan poderosa para acabar las nuestras. La priesa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio , no nos dá lugar para preguntaros por agora quien sois , ni como estais en este lugar tan solo y tan sin remos , que no los teneis , segun parece , para desviaros de esta isla tan sola , que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondió , que no saldrían un punto de lo que querían , y luego echáron los dos mano á las espadas , sin querer que la enferma donce-

lla declarase primero su voluntad , remitiendo ántes su pendencia á las armas que á los deseos de la dama. Arremetiéron el uno contra el otro , y sin mirar reglas , movimientos , entradas , salidas y compases , á los primeros golpes el uno quedó pasado el corazon de parte á parte , y el otro abierta la cabeza por medio. Este le concedió el cielo tanto espacio de vida , que le tuvo de llegar á la doncella , y juntar su rostro con el suyo , diciendo : vencí , señora , mia eres , y aunque ha de durar poco el bien de poseerte , en pensar que un solo instante te podré tener por mia , me tengo por el mas venturoso hombre del mundo. Recibe , señora , esta alma que envuelta en estos últimos alientos te envió: dales lugar en tu pecho , sin que pidas licencia á tu honestidad , pues el nombre de esposo á todo esto da licencia. La sangre de la herida bañó el rostro de la dama , la qual estaba tan sin sentido , que no respondió palabra. Los dos marineros que habian guiado el esquife de la nave saltaron en tierra

y fuéron con presteza á requerir, así al muerto de la estocada, como al herido en la cabeza : el qual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, envió su alma á los ayres, y dexó caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones habia estado mirando ántes de descubrir y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegó de propósito á mirarla, y limpiándole la sangre que habia llovido del muerto enamorado, conoció ser su doncella Taurisa, la que lo habia sido al tiempo que ella estuvo en poder del príncipe Arnaldo, que le habia dicho la dexaba en poder de dos caballeros que la llevasen á Irlanda, como queda dicho. Auristela quedó suspensa, quedó atónita, quedó mas triste que la misma tristeza: y mucho mas quando vino á conocer que la hermosa Taurisa estaba sin vida. Ay! dixo á esta sazón, con que prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa; que los males que tienen fin

en la muerte, como no se dilaten y entretengan, hacen dichosa la vida. ¿Qué red barredera es esta con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? ¿Qué imposibles son estos que descubro á cada paso de mi remedio? Mas pues aquí son escusados los llantos, y son de ningun provecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por ahora á la piedad y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los vivos: y luego pidió á Mauricio pidiese á los marineros del esquife, volviesen al navío por instrumentos para hacer las sepulturas. Hízolo así Mauricio, y fué á la nave con intencion de concertarse con el piloto ó capitán que hubiese, para que los sacase de aquella isla y los llevase adonde quiera que fuesen. En este entretanto tuviéron lugar Auristela y Transila de acomodar á Taurisa para enterralla, y la piedad y honestidad cristiana no consintió que la desnudasen. Volvió Mauricio con los instrumentos habiendo negociado todo aquello que quiso. Hízose

la sepultura de Taurisa; pero los marineros no quisieron como católicos que se hiciese ninguna á los muertos en el desafío. Rosamunda, que despues que volvió de haber declarado su mal pensamiento al bárbaro Antonio, nunca habia alzado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que iban á sepultar á Taurisa levantando el rostro dixo: si os preciais, señores, de caritativos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia y la misericordia, usad de estas dos virtudes conmigo. Yo desde el punto que tuve uso de razon no la tuve, porque siempre fuí mala: con los años verdes y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mí los vicios de tal manera, que han sido y son en mí como accidentes inseparables. Ya sabeis como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los reyes, y he traído á la mano que he querido las voluntades de los hombres; pero el tiempo, salteador y robador de

la humana belleza de las mugeres, se entró por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada. Mas como los vicios tienen asiento en el alma, que no envejece, no quieren dexarme; y como yo no les hago resistencia, sino que me dexo ir con la corriente de mis gustos, héme ido ahora con el que me da el ver si quiera á este bárbaro muchacho, el qual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde á la mia que es de fuego con la suya que es de helada nieve. Véome despreciada y aborrecida en lugar de estimada y bien querida; golpes que no se pueden resistir con poca paciencia y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y extiende la mano para alcanzarme de la vida; por lo que veis que debe la bondad del pecho que la tiene al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con hielo, y me enterreis en esa sepultura; que puesto que mezcleis mis lascivos huesos con los de esa casta doncella, no los

contaminarán , que las reliquias buenas siempre lo son donde quiera que estén, y volviéndose al mozo Antonio prosiguió : y tú , arrogante mozo , que agora tocas ó estás para tocar los márgenes y rayas del deleyte , pide al cielo que te encamine de modo que ni te solicite edad larga ni marchite belleza, y si yo he ofendido tus recientes oídos (que así los puedo llamar) con mis inadvertidas y no castas palabras , perdóname, que los que piden perdon en este trance , por cortesía siquiera merecen ser si no perdonados á lo ménos escuchados. Esto diciendo , dió un suspiro enuelto en un mortal desmayo.

## CAPITULO XXI.

*Salen de la isla Nevada en el navío de los corsarios.*

Yo no sé , dixo Mauricio á esta sazón, qué quiere este que llaman amor por estas montañas , por estas soledades y riscos , por entre estas nieves y yelos,

dexándose allá los Pafos, Gnidos, las Chipres, los Eliseos campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna. En el corazon sosegado, en el ánimo quieto tiene el amor deleytable su morada, que no en las lágrimas ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constanza y Ricla quedáron atónitas del suceso, y con callar le admiráron, y finalmente con no pocas lágrimas enterráron á Taurisa; y despues de haber vuelto Rosamunda del pasado desmayo, se recogieron y embarcáron en el esquife de la nave, donde fuéron bien recibidos y regalados de los que en ella estaban, satisfaciendo luego todos la hambre que les aquejaba; solo Rosamunda, que estaba tal, que por momentos llamaba á las puertas de la muerte. Alzáron velas, lloráron algunos los capitanes muertos, y instituyéron luego uno que lo fuese de todos, y siguiéron su viage, sin llevar parte conocida donde le encaminasen, porque era de corsarios, y no irlandeses como á Arnaldo le habian dicho, sino de una

isla rebelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañía, siempre iba temiendo algun rebes de su acelerada costumbre y mal modo de vivir : y como viejo y experimentado en las cosas del mundo , no le cabia el corazon en el pecho , temiendo que la mucha hermosura de Auristela , la gallardía y buen parecer de su hija Transila , los pocos años y nuevo trage de Constanza no despertasen en aquellos corsarios algun mal pensamiento. Serviales de Argos el mozo Antonio , de lo que sirvió el Pastor de Anfriso. Eran los ojos de los dos centinelas no dormidas , pues por sus quartos la hacian á las mansas y hermosas ovejuelas que debaxo de su solicitud y vigilancia se amparaban. Rosamunda con los continuos desdenes vino á enflaquecer de manera , que una noche la hallaron en una cámara del navío sepultada en perpetuo silencio. Harto habian llorado , mas no dexáron de sentir su muerte compasiva y cristianamente. Sirvióle el ancho mar de sepultura , donde no tu-

vo harta agua para apagar el fuego que causó en su pecho el gallardo Antonio: el qual, y todos rogáron muchas veces á los corsarios que los llevasen de una vez á Irlanda ó á Hibernia, si ya no quisiesen á Inglaterra ó Escocia; pero ellos respondian, que hasta haber hecho una buena y rica presa no habian de tocar en tierra alguna, si ya no fuese á hacer agua, ó á tomar bastimentos necesarios. La bárbara Rica bien comprara á pedazos de oro que los llevaran á Inglaterra; pero no osaba descubrirlos, porque no se los robasen ántes que se los pidiesen. Dióles el capitan estancia aparte, y acomodóles de manera que les aseguró de la insolencia que podian temer de los soldados. De esta manera anduviéron casi tres meses por el mar de unas partes á otras, ya tocaban en una isla, ya en otra, y ya se salian al mar descubierta (propia costumbre de corsarios que buscan su ganancia) las veces que habia calma, y el mar sosegado no les dexaba navegar. El nuevo capitan del

navío se iba á entretener á la estancia de sus pasajeros, y con pláticas discretas y cuentos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hacia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla y Constanza mas se ocupaban en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al capitan ni á Mauricio: con todo esto, estuviéron un dia atentas á la historia que en este siguiente capítulo se cuenta, que el capitan les dixo.

## CAPITULO XXII.

*Donde el capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba hacer en su reyno el rey Policarpo.*

Una de las islas que estan junto á la de Hibernia me dió el cielo por patria: estan grande, que toma nombre de reyno, el qual no se hereda, ni viene por sucesion de padre á hijo: sus moradores le eligen á su beneplácito, procurando siempre que sea el mas virtuoso

y mejor hombre que en él se hallare, sin intervenir de por medio ruegos ó negociaciones, y sin que los soliciten promesas ni dádivas, de comun consentimiento de todos sale el rey y toma el cetro absoluto del mando, el qual le dura miéntras le dura la vida, ó miéntras no se empeore en ella, y con esto los que no son reyes procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son pugnan serlo mas para no dexar de ser reyes. Con esto se cortan las alas á la ambicion, se aterra la codicia, y aunque la hipocresía suele andar lista, á largo andar se le cae la máscara y queda sin el alcanzado premio. Con esto los pueblos viven quietos, campea la justicia, y resplandece la misericordia; despáchanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo son mejor despachados. No agovian la vara de la justicia las dádivas, ni la carne y sangre de los parentescos: todas las negociaciones guardan sus puntos y andan en sus quicios. Finalmente, reyno es donde se vive

sin temor de los insolentes , y donde cada uno goza lo que es suyo. Esta costumbre , á mi parecer justa y santa, puso el cetro del reyno en las manos de Policarpo, varon insigne y famoso así en las armas como en las letras, el qual tenia quando vino á ser rey dos hijas de estremada belleza , la mayor llamada Policarpa , y la menor Sinforosa : no tenian madre , que no les hizo falta quando murió sino en la compañía; que sus virtudes y agradables costumbres eran ayas de sí mismas , dando maravilloso exemplo á todo el reyno. Con estas buenas partes así ellas como el padre se hacian amables , se estimaban de todos. Los reyes, por parecerles que la melancolía en los vasallos suele despertar malos pensamientos , procuran tener alegre el pueblo y entretenido con fiestas públicas, y á veces con ordinarias comedias. Principalmente solemnizaban el dia que fuéron asuntos al reyno con hacer que se renovasen los juegos que los gentiles llamaban olímpicos , en el mejor modo que podian. Señalaban premio á los

corredores, honraban á los diestros, coronaban á los tiradores, y subian al cielo de la alabanza á los que derribaban á otros en la tierra. Hacíase este espectáculo junto á la marina en una espaciosa playa, á quien quitaban el sol infinita cantidad de ramos entretexidos que la dexaban á la sombra. Ponian en la mitad un suntuoso teatro, en el qual sentado el rey y la real familia miraban los apacibles juegos. Llegóse un dia de estos, y Policarpo procuró aventajarse en magnificencia y grandeza en solemnizarle sobre todos quantos hasta allí se habian hecho; y quando ya el teatro estaba ocupado con su persona y con los mejores del reyno, y quando ya los instrumentos bélicos y los apacibles querian dar señal que las fiestas se comenzasen, y quando ya quatro corredores, mancebos ágiles y sueltos, tenían los pies izquierdos delante y los derechos alzados, que no les impedia otra cosa el soltarse á la carrera sino soltar una cuerda que les servia de raya y de señal, que en soltándola ha-

bian de volar á un término señalado, donde habian de dar fin á su carrera; digo que en este tiempo viéron venir por la mar un barco que le blanqueaban los costados por ser recién despalmado, y le facilitaban el romper del agua seis remos que de cada banda traía, impelidos de doce al parecer gallardos mancebos de dilatadas espaldas y pechos, y de nerbudos brazos. Venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaba el timon, que venia de encarnado como marinero. Llegó con furia el barco á la orilla, y el encallar en ella y el saltar todos los que en él venian en tierra fué una misma cosa. Mandó Policarpo que no saliesen á la carrera hasta saber qué gente era aquella y á lo que venia, puesto que imaginó que debian de venir á hallarse en las fiestas, y á probar su gallardía en los juegos. El primero que se adelantó á hablar al rey fué el que servia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mexillas desembarazadas y limpias mostraban ser de nieve y de grana, los cabellos ani-

llos de oro, y cada una parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas que formaban un compuesto admirable. Luego la hermosa presencia del mozo arrebató la vista y aun los corazones de quantos le miráron, y yo desde luego le quedé aficionadísimo. Luego dixo al rey: señor, estos mis compañeros y yo, habiendo tenido noticia de estos juegos, venimos á servirte y hallarnos en ellos, y no de lejas tierras, sino desde una nave que dexamos en la isla Scinta, que no está léjos de aquí, y como el viento no hizo á nuestro propósito para encaminar aquí la nave, nos aprovechamos de esta barca y de los remos, y de la fuerza de nuestros brazos. Todos somos nobles y deseosos de ganar honra; y por la que debes hacer como rey que eres á los extranjeros que á tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar ó nuestras fuerzas ó nuestros ingenios en honra y provecho nuestro y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agradecido joven, que vos pe-

dis lo que quereis con tanta gracia y cortesía , que sería cosa injusta el negároslo. Honrad mis fiestas en lo que quiéredes : dexadme á mí el cargo de premiároslo , que segun vuestra gallarda presencia muestra , poca esperanza dexais á ninguno de alcanzar los primeros premios. Dobló la rodilla el hermoso mancebo , y inclinó la cabeza en señal de crianza y agradecimiento , y en dos brincos se puso ante la cuerda que detenia á los quatro ligeros corredores. Sus doce compañeros se pusieron á un lado á ser espectadores de la carrera. Sonó una trompeta , soltaron la cuerda , y arrojáronse al vuelo todos cinco ; pero aun no habrian dado veinte pasos , quando con mas de seis se les aventajó el recién venido , y á los treinta ya los llevaba de ventaja mas de quince. Finalmente se los dexó á poco mas de la mitad del camino como si fueran estatuas inmovibles con admiracion de todos los circunstantes , especialmente de Sinforosa , que le seguia con la vista así corriendo como estando quedo ;

porque la belleza y agilidad del mozo era bastante para llevar tras sí las voluntades , no solo los ojos de quantos le miraban. Noté yo esto porque tenia los míos atentos á mirar á Policarpo, objeto dulce de mis deseos , y de camino miraba los movimientos de Sinforosa. Comenzó luego la envidia á apoderarse de los pechos de los que se habian de probar en los juegos , viendo con quanta facilidad se habia llevado el extranjero el premio de la carrera. Fué el segundo certámen el de la esgrima: tomó el ganancioso la espada negra , con la qual á seis que le saliéron , á cada uno de por sí les cerró las bocas , mosqueó las narices , les selló los ojos y les santiguó las cabezas , sin que á él le tocasen, como decirse suele , un pelo de la ropa. Alzó la voz el pueblo , y de comun consentimiento le diéron el premio primero. Luego se acomodáron otros seis á la lucha , donde con mayor gallardía dió de sí muestra el mozo ; descubrió sus dilatadas espaldas , sus anchos y fortísimos pechos , y los nervios y múscu-

los de sus fuertes brazos, con los quales, y con destreza y maña increíble hizo que las espaldas de los seis luchadores, á despecho y pesar suyo quedasen impresas en la tierra. Asíó luego de una pesada barra que estaba hincada en el suelo, porque le dixéron que era el tirarla el quarto certámen. Sompesóla, y haciendo de señas á la gente que estaba delante para que le diesen lugar donde el tiro cupiese, tomando la barra por la una punta, sin volver el brazo atras la impelió con tanta fuerza que pasando los límites de la marina, fué menester que el mar se los diese, en el qual bien adentro quedó sepultada la barra. Esta monstruosidad notada de sus contrarios les desmayó los brios, y no osaron probarse en la contienda. Pusiéronle luego la ballesta en las manos y algunas flechas, y mostráronle un árbol muy alto y muy liso, al cabo del qual estaba hincada una media lanza, y en ella de un hilo estaba asida una paloma, á la qual habian de tirar no mas de un tiro los que en aquel certá-



men quisiesen probarse. Uno que presumia de certero se adelantó y tomó la mano , creo yo pensando derribar la paloma ántes que otro. Tiró y clavó su flecha casi en el fin de la lanza , del qual golpe azorada la paloma se levantó en el ayre ; y luego otro no ménos presumido que el primero tiró con tan gentil certeza que rompió el hilo donde estaba asida la paloma , que suelta y libre del lazo que la detenía , entregó su libertad al viento y batió las alas con priesa ; pero el ya acostumbrado á ganar los primeros premios disparó su flecha , y como si mandara lo que habia de hacer , y ella tuviera entendimiento para obedecerle, así lo hizo; pues dividiendo el ayre con un rasgado y tendido silbo llegó á la paloma y le pasó el corazon de parte á parte , quitándole á un mismo punto el vuelo y la vida. Renováronse con esto las voces de los presentes y las alabanzas del extranjero, el qual en la carrera, en la esgrima, en la lucha , en la barra y en el tirar de la ballesta , y en otras muchas pruebas

que no cuento , con grandísimas ventajas se llevó los primeros premios , quitando el trabajo á sus compañeros de probarse en ellas. Quando se acabáron los juegos sería el crepúsculo de la noche , y quando el rey Policarpo queria levantarse de su asiento con los jueces que con él estaban para premiar al vencedor mancebo , vió que puesto de rodillas ante él le dixo : nuestra nave quedó sola y desamparada , la noche cierra algo obscura , los premios que puedo esperar (que por ser de tu mano se deben estimar en lo posible) quiero , ó gran señor , que los dilates hasta otro tiempo , que con mas espacio y comodidad pienso volver á servirte. Abrazóle el rey , preguntóle el nombre , y dixo que se llamaba Periandro. Quitóse en esto la bella Sinforosa una guirnalda de flores con que adornaba su hermosísima cabeza , y la puso sobre la del gallardo mancebo , y con honesta gracia le dixo al ponérsela : quando mi padre sea tan venturoso de que volvais á verle , vereis como no vendreis á

## CAPITULO XXIII.

*De lo que sucedió á la zelosa Auristela quando supo que su hermano Periandro era el que habia ganado los premios del certámen.*

¡ O poderosa fuerza de los zelos! ¡ ó enfermedad que te pegas al alma de tal manera que solo te despegas con la vida! ¡ ó hermosísima Auristela , detente, no te precipites á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia! ¿ Pero quién podrá tener á raya los pensamientos que suelen ser tan ligeros y sutiles , que como no tienen cuerpo pasan las murallas , traspasan los pechos , y ven lo mas escondido de las almas? Esto se ha dicho , porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Periandro su hermano , y habiendo oido ántes las alabanzas de Sinforosa , y el favor que en ponerle la guirnalda le habia hecho , rindió el sufrimiento á las sospechas , y

entregó la paciencia á los gemidos , y dando un gran suspiro , y abrazándose con Transila , dixo : querida amiga mia , ruega al cielo que sin haberse perdido tu esposo Ladislao se pierda mi hermano Periandro : ¿no le ves en la boca de este valeroso capitan honrado como vencedor , coronado como valeroso , atento mas á los favores de una doncella que á los cuidados que le debian dar los destierros y pasos de esta su hermana? Andase buscando palmas y trofeos por las tierras ajenas , y déxase entre los riscos , entre las peñas , y entre las montañas que suele levantar la mar alterada á esta su hermana , que por su consejo y por su gusto no hay peligro de muerte donde no se halle. Estas razones escuchaba atentísimamente el capitan del navío , y no sabia qué conclusion sacar de ellas ; solo paró en decir , pero no dixo nada , porque en un instante y en un momentáneo punto le arrebató la palabra de la boca un viento que se levantó tan súbito y tan recio que le

hizo poner en pie sin responder á Auristela , y dando voces á los marineros que amaynasen las velas , y las templasen y asegurasen , acudió toda la gente á la faena , comenzó la nave á volar en popa con mar tendido y largo por donde el viento quiso llevarla. Recogióse Mauricio con los de su compañía á su estancia por dexar hacer libremente su oficio á los marineros. Allí preguntó Transila á Auristela ; qué sobresalto era aquel que tal le habia puesto , que á ella le habia parecido haberle causado el haber oido nombrar el nombre de Periandro , y no sabia por qué las alabanzas y buenos sucesos de un hermano pudiesen dar pesadumbre? ¡Ay amiga! respondió Auristela , de tal manera estoy obligada á tener en perpetuo silencio una peregrinacion que hago , que hasta darle fin , aunque primero llegue el de la vida , soy forzada á guardarle. En sabiendo quien soy , que sí sabrás si el cielo quiere , verás las disculpas de mis sobresaltos sabiendo la causa de do nacen ; verás castos pen-

samientos, acometidos, pero no turbados; verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos. Ves quan grande es el nudo del parentesco un hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro. Ves asimismo quan propio es de los enamorados ser zelosos; pues con mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. ¿Este capitán, amiga, no exâgeró la hermosura de Sinforosa? ¿y ella al coronar las sienas de Periandro, no le miró? Sí, sin duda; ¿y mi hermano no es del valor y de la belleza que tú has visto? ¿Pues qué mucho que haya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno que le haga olvidar de su hermana? Advierte, señora, respondió Transila, que todo quanto el capitán ha contado sucedió ántes de la prision de la ínsula bárbara, y que despues acá os habeis visto y comunicado, donde habrás hallado que ni él tiene amor á nadie, ni cuida de otra cosa que de darte gusto, y no creo yo que las fuerzas de los zelos lleguen

á tanto que alcancen á tenerlos una hermana de un su hermano. Mira , hija Transila , dixo Mauricio , que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas , y sus leyes tan muchas como variables ; procura ser tan discreta que no apures los pensamientos agenos , ni quieras saber mas de nadie de aquello que quisiere decirte. La curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar y atildar ; pero en los agenos que no nos importan , ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela á Mauricio , la hizo tener cuenta con su discrecion y con su lengua , porque la de Transila poco necia llevaba camino de hacerle sacar á plaza toda su historia. Amanzó en tanto el viento , sin haber dado lugar á que los marineros temiesen , ni los pasajeros se alborotasen. Volvió el capitán á verlos y á proseguir su historia , por haber quedado cuidadoso del sobresalto que Auristela tomó oyendo el nombre de Periandro. Deseaba Auristela volver á la plática pasada , y saber del capitán si los favores que Sinforosa

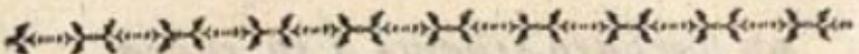
habia hecho á Periandro se extendiéron á mas que coronarle ; y así se lo preguntó modestamente y con recato de no dar á entender su pensamiento. Respondió el capitan, que Sinforosa no tuvo lugar de hacer mas merced (que así se han de llamar los favores de las damas) á Periandro ; aunque á pesar de la bondad de Sinforosa , á él le fatigaban ciertas imaginaciones que tenia de que no estaba muy libre de tener en la suya á Periandro , porque siempre que despues de partido se hablaba de las gracias de Periandro , ella las subia y las levantaba sobre los cielos ; y por haberle ella mandado que saliese en un navío á buscar á Periandro y le hiciese volver á su padre , confirmaba mas sus sospechas. ¿Cómo , y es posible , dixo Auristela , que las grandes señoras , las hijas de los reyes , las levantadas sobre el trono de la fortuna , se han de humillar á dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sugetos colocados? Y siendo verdad , como lo es , que la grandeza y magestad no se aviene bien

con el amor , ántes son repugnantes entre sí el amor y la grandeza , háse de seguir que Sinforosa , reyna , hermosa y libre , no se habia de cautivar de la primera vista de un no conocido mozo , cuyo estado no prometia ser grande el venir guiando un timon de una barca con doce compañeros desnudos , como lo son todos los que gobiernan los remos. Calla , hija Auristela , dixo Mauricio , que en ningunas otras acciones de la naturaleza se ven mayores milagros ni mas continuos que en las del amor , que por ser tantos y tales los milagros se pasan en silencio , y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean. El amor junta los cetros con los cayados , la grandeza con la baxeza , hace posible lo imposible , iguala diferentes estados , y viene á ser poderoso como la muerte. Ya sabes tú , señora , y sé yo muy bien , la gentileza , la gallardía y el valor de tu hermano Periandro , cuyas partes forman un compuesto de singular hermosura , y es privilegio de la hermosura rendir las

voluntades y atraer los corazones de quantos la conocen ; y quanto la hermosura es mayor y mas conocida , es mas amada y estimada. Así que no sería milagro que Sinforosa , por principal que sea , ame á tu hermano ; porque no le amaría como á Periandro á secas , sino como á hermoso , como á valiente , como á diestro , como á ligero , como á sugeto donde todas las virtudes estan recogidas y cifradas. Qué ¿ Periandro es hermano de esta señora ? dixo el capitan. Sí , respondió Transila , por cuya ausencia ella vive en perpetua tristeza ; y todos nosotros , que la queremos bien , y á él le conocimos , en llanto y amargura. Luego le contáron todo lo sucedido del naufragio de la nave de Arnaldo , la division del esquife y de la barca , con todo aquello que fué bastante para darle á entender lo sucedido hasta el punto en que estaban : en el qual punto dexa el autor el primer libro de esta grande historia , y pasa al segundo , donde se contarán cosas , que aunque no pa-

san de la verdad , sobrepujan á la imaginacion , pues apénas pueden caber en la mas sutil y dilatada sus acontecimientos.

**FIN DEL TOMO I.**



# TABLA

## DE LOS CAPITULOS de este libro primero.

Cap. I. Sacan á Periandro de la prision: échanle al mar en una balsa: corre tormenta, y es socorrido de un navío. Pág. 1

Cap. II. Dase noticia de quién era el capitan del navío. Cuenta Taurisa á Periandro el robo de Auristela: ofrécese él, para buscarla, ser vendido á los bárbaros. 9

Cap. III. Vende Arnaldo á Periandro en la isla Bárbara vestido de muger. 22

Cap. IV. Traen á Auristela de la prision en trage de varon para sacrificarla: muévese guerra entre los bárbaros, y pónese fuego á la isla. Lleva

- un bárbaro español á su cueva  
 á Periandro , Auristela , Cloe-  
 lia, y la Intérprete.* 28
- Cap. V. De la cuenta que dió de  
 sí el bárbaro español á sus  
 nuevos huéspedes.* 42
- Cap. VI. Donde el bárbaro es-  
 pañol prosigue su historia.* 55
- Cap. VII. Navegan desde la isla  
 bárbara á otra isla que descu-  
 briéron.* 71
- Cap. VIII. Donde Rutilio da  
 cuenta de su vida.* 76
- Cap. IX. Donde Rutilio prosi-  
 gue la historia de su vida.* 86
- Cap. X. De lo que contó el ena-  
 morado portugues.* 94
- Cap. XI. Llegáron á otra isla  
 donde hallan buen acogimiento.* 104
- Cap. XII. Donde se cuenta de qué  
 parte , y quién eran los que ve-  
 nian en el navío.* 111
- Cap. XIII. Donde Transila pro-  
 sigue la historia , á quien su  
 padre dió principio.* 121
- Cap. XIV. Donde se declara*

- quien eran los que tan aherrojados venian.* 128
- Cap. XV. *Llega Arnaldo á la isla donde estan Periandro y Auristela.* 136
- Cap. XVI. *Determinan todos salir de la isla prosiguiendo su viage.* 141
- Cap. XVII. *Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.* 148
- Cap. XVIII. *Donde Mauricio sabe por la Astrología un mal suceso que les vino en el mar.* 152
- Cap. XIX. *Donde se da cuenta de lo que dos soldados hiciéron; y la division de Periandro y Auristela,* 169
- Cap. XX. *De un notable caso que sucedió en la isla nevada.* 179
- Cap. XXI. *Salen de la isla nevada en el navío de los corsarios.* 187
- Cap. XXII *Donde el capitan da cuenta de las grandes fiestas que acostumbraba á hacer en su reyno el rey Policarpo.* 191

Cap. XXIII. De lo que sucedió  
á la zelosa Auristela quando  
supo que su hermano Periandro  
era el que habia ganado los  
premios del certámen.

Cap. XVI. De lo que sucedió en  
la isla de la gran profecía.  
141

Cap. XVII. De lo que sucedió  
en la isla de la gran profecía.  
148

Cap. XVIII. De lo que sucedió  
en la isla de la gran profecía.  
155

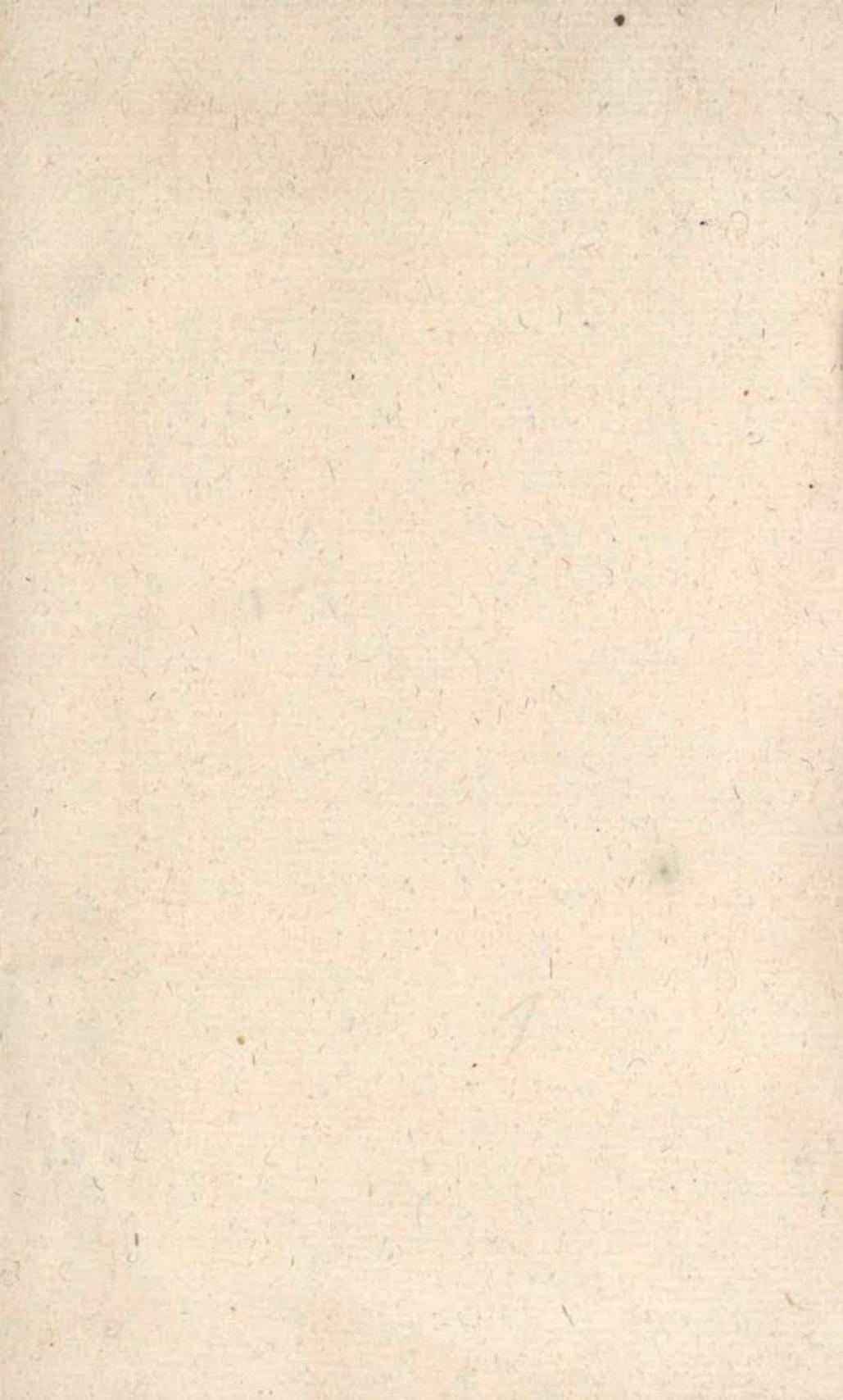
Cap. XIX. De lo que sucedió  
en la isla de la gran profecía.  
162

Cap. XX. De lo que sucedió  
en la isla de la gran profecía.  
170

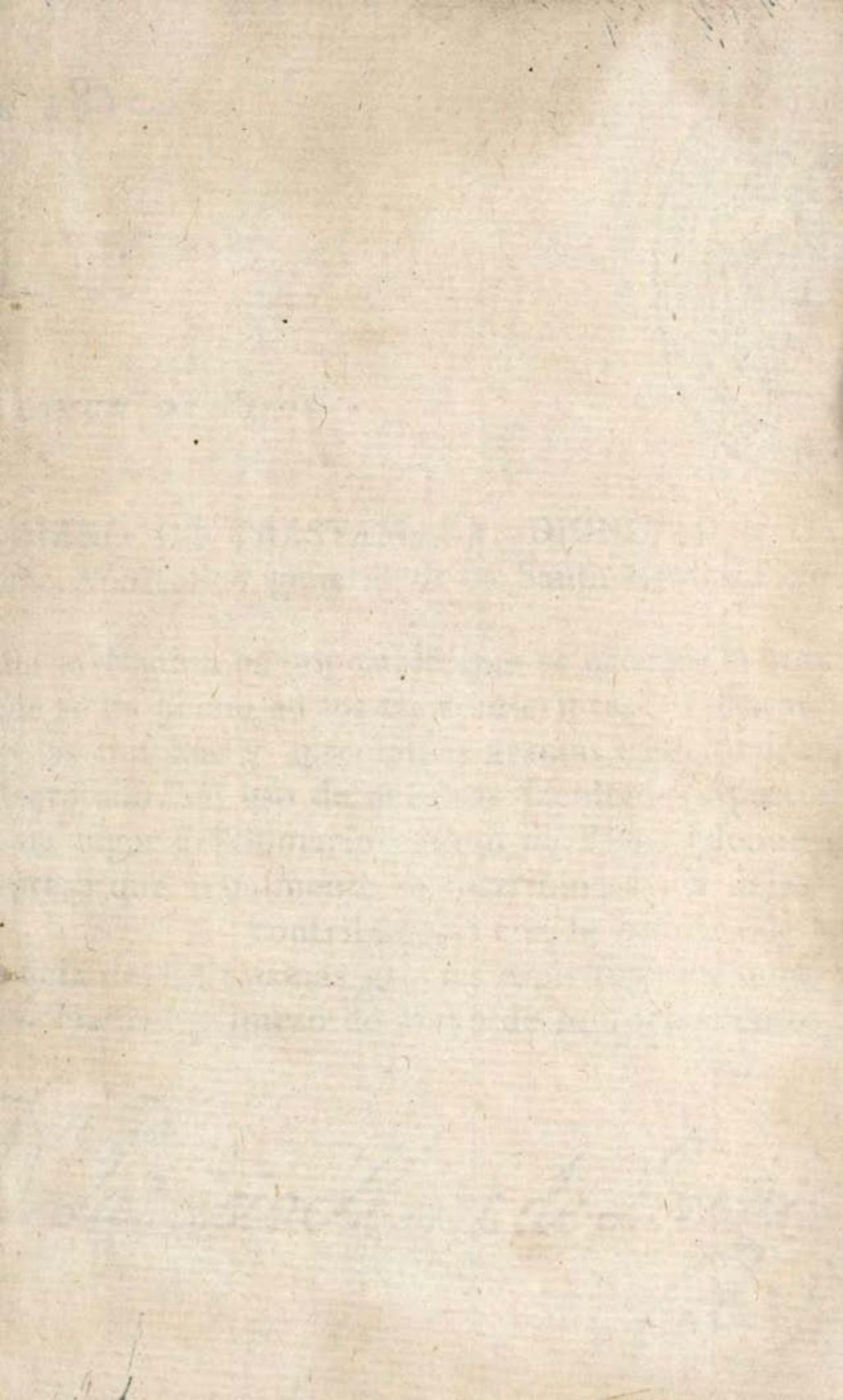
Cap. XXI. De lo que sucedió  
en la isla de la gran profecía.  
177

Cap. XXII. De lo que sucedió  
en la isla de la gran profecía.  
184

Cap. XXIII. De lo que sucedió  
en la isla de la gran profecía.  
191









Biblioteca Regional  
de Madrid Joaquín Leguina



\*1368702\*



1800  
1801  
1802  
1803  
1804  
1805  
1806  
1807  
1808  
1809  
1810  
1811  
1812  
1813  
1814  
1815  
1816  
1817  
1818  
1819  
1820  
1821  
1822  
1823  
1824  
1825  
1826  
1827  
1828  
1829  
1830  
1831  
1832  
1833  
1834  
1835  
1836  
1837  
1838  
1839  
1840  
1841  
1842  
1843  
1844  
1845  
1846  
1847  
1848  
1849  
1850  
1851  
1852  
1853  
1854  
1855  
1856  
1857  
1858  
1859  
1860  
1861  
1862  
1863  
1864  
1865  
1866  
1867  
1868  
1869  
1870  
1871  
1872  
1873  
1874  
1875  
1876  
1877  
1878  
1879  
1880  
1881  
1882  
1883  
1884  
1885  
1886  
1887  
1888  
1889  
1890  
1891  
1892  
1893  
1894  
1895  
1896  
1897  
1898  
1899  
1900